



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Serafini, Aníbal Tulio

Una interpretación de la operatividad del mito, el rito y la utopía en la narrativa política : la diégesis como dispositivo analítico



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Serafini, A. T. (2026). *Una interpretación de la operatividad del mito, el rito y la utopía en la narrativa política: la diégesis como dispositivo analítico*. *Revista Intercambios*, X(2), 158-171 Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/6317>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Una interpretación de la operatividad del mito, el rito y la utopía en la narrativa política: la *diégesis* como dispositivo analítico



Aníbal Tulio Serafini

Magister en Filosofía por la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF) y Profesor de Historia y Ciencias Sociales por el Instituto Padre Elizalde. Actualmente desempeña actividades como docente de nivel superior en el Instituto de Nivel Superior Juan Amós Comenio de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en espacios curriculares de Didáctica de las Ciencias Sociales, Historia y Filosofía. Es docente de nivel medio, de las asignaturas Historia y Filosofía, e investigador en el proyecto “Democracia y diálogo público” de la Universidad Nacional de Quilmes dirigido por el Dr. Daniel Busdygan. Con diferentes artículos y ponencias publicadas, su trabajo se orienta hacia el análisis histórico moderno y contemporáneo y al análisis filosófico político.

Resumen

Este artículo propone la diégesis como dispositivo analítico para entender cómo mito, rito y utopía se articulan en la construcción de narrativas políticas. Sostiene que el mito opera proyectando una “plenitud ausente” que, aun siendo imposible, legitima y moviliza proyectos políticos; los ritos naturalizan esas representaciones y las utopías orientan la acción hacia un futuro predeterminado. A partir de enfoques de Ernesto Laclau, María Casullo, Judith Butler y Simone de Beauvoir, se muestra cómo ese dispositivo genera actores, ritualidades y repertorios simbólicos que consolidan órdenes sociales y desigualdades (incluida la dominación de género). Como caso, se analiza el mito civilizatorio en la Argentina finisecular y concluye que la diégesis permite desentrañar las tramas discursivas que sostienen y naturalizan el poder.

Introducción

Este artículo propone delimitar un dispositivo conceptual denominado *diégesis* que puede operar analíticamente concibiendo al mito, el rito y la utopía de manera articulada y conjunta dentro de la dimensión cultural. La diégesis analiza la asignación de sentidos desde esta perspectiva deconstruyendo diferentes relatos políticos que suelen proponerse obturados, absolutos, cerrados, teleológicos y de asegurada consecución a futuro. También puede captar las ritualidades naturalizadas asociadas al mito que logra consolidar los sentidos impuestos y las narrativas utópicas que aportan potencialidad al devenir eficiente y único del proyecto político. Es por eso que el uso analítico de la diégesis permite desmontar los distintos relatos donde se entrelazan sentidos míticos y ritualistas e ideas quiméricas de un futuro absoluto y determinado.

Se intentará analizar situaciones donde el mito político civilizatorio tuvo injerencia en la conformación de la Argentina moderna a finales del siglo XIX, considerando las manifestaciones culturales de la época, cómo se asociaba a los diferentes ritos de la vida ciudadana y cómo, al proyectar el éxito en un sentido teleológico, el relato civilizatorio impregnaba de seguridad utópica.

La definición del mito como herramienta operativa en la construcción de poder político ha sido analizada por diversas corrientes filosóficas, una de las cuales es representada por Ernest Laclau y Chantal Mouffe. La dimensión de la política donde opera el mito puede comprenderse como el intento de establecimiento de un orden y una organización de la coexistencia humana en condiciones siempre conflictivas (Mouffe, 1999). Por lo tanto, el rol del mito consiste en darle sentido a la organización de la realidad donde éste se despliega.¹

¹ El mito permite construir una nueva relación articulando diferentes elementos discursivos. Para profundizar sobre el rol del mito en la política y en la constitución del orden social, ver

Al plantear la política en estos términos, la constitución de un orden social requiere de la articulación de múltiples y diferentes experiencias humanas, simbólicas y materiales, asociadas a la interpretación de fenómenos económicos, políticos, culturales y religiosos que se entremezclan en la construcción del *sentido* con el cual éste debe ser llevado a la práctica, o de cómo el mismo existe *per se*. Se puede pensar que la política atraviesa el Estado y va más allá, no reduciéndose a lo estrictamente legal. La ley puede plantearse, en definitiva, como una discusión concreta relacionada con la construcción de los discursos que conformarán el orden social,² entendiendo también, que estas discusiones determinan el sentido general donde el aparato legal termina definiendo las posibilidades, oportunidades y límites de los sujetos dentro del mismo.

Así, el mito de origen (fundacional) aporta un sentido preeminente a la discusión política sobre el orden, influenciando la serie de acciones y decisiones que se difunden en el plano de la realidad social.

Pensar en la constitución de un proyecto político civilizador demanda plantear la posibilidad de conformación de un mito fundacional; es decir, un relato que forme el sentido de acción general donde se desempeñaban las decisiones políticas. Consecuentemente, este debe comprender cierta noción de civilización integrada en su dinámica lingüística y simbólica, como así también, una interpretación de la historia que resignifique y aporte legiti-

"El mito como factor político: herencias, diálogos y convergencias entre el análisis estructural de Lévi Strauss y los enfoques post-estructuralistas". Hernán Fair, en *Revista Estudios políticos, novena época*, 35, mayo-agosto, 2015, pp. 11-38. Recuperado de: <https://www.scielo.org.mx/pdf/ep/n35/n35a1.pdf>. También consultar Política, hegemonía y populismo: diálogos con Ernesto Laclau en Alejandro Osorio y Mauro Salazar, en *Revista de Estudios Sociales* 71, 2010.

² Para un análisis de las obras de Laclau y Mouffe en el orden de lo discursivo, leer a Ricardo Etchegaray, *La ontología política de E. Laclau y Ch. Mouffe*, *Nuevo pensamiento*, I(1), 2011.

mación a las diversas acciones emprendidas por el poder de turno. Pensar en el proyecto civilizatorio de finales del siglo XIX puede darse como una dinámica de ocultamiento de sus acciones e intenciones para proyectar la plenitud total, cerrada y ausente, de la consecución final de ese proyecto. Por consiguiente, esto aporta un sentido más bien utópico de progreso y bienestar social configurando la noción de civilización identificada con una plenitud total de ese momento, aún, inexistente. Respecto del sentido de proyección mítica fundacional de plenitud, Laclau explica que

el acto de ocultamiento consiste en proyectar en esa identidad la dimensión de cierre de la que ella carece. Esto tiene dos consecuencias capitales: 1) La primera es que esa dimensión de cierre es algo que, en la realidad, está ausente —si este— viera, en la última instancia, presente, habría revelación en lugar de proyección [...] En otras palabras: la operación de cierre es imposible, pero al mismo tiempo necesaria; imposible en razón de la dislocación constitutiva que está en la base de todo arreglo estructural; necesaria, porque sin esa fijación ficticia del sentido no habría sentido en absoluto. [...] hemos respondido a nuestra primera pregunta: lo que la distorsión ideológica proyecta en un objeto particular es la plenitud imposible de la comunidad.³

La idea de una sociedad civilizada plena, realizada y asegurada, surge entonces como posible encarnación que opera mediante un relato donde se dan conceptualizaciones con características universales naturalizadas y totalizantes, sin dejar lugar a lo contingente como parte de la acción política.⁴ Los diferentes discursos entrelazados en una cadena de equivalencias definen el sentido general del mito civilizatorio y éste, como objeto imposible, tenía en su imposibilidad la potencia de volverse necesario. Así lo describe Laclau el fenómeno:

Una cadena particular de contenidos representa un objeto imposible —ésta es una primera distorsión, lo que hemos llamado encarnación—; pero esta encarnación es solamente posible (segunda distorsión) en la medida en que una relación equivalencial subvierte el carácter diferencial de cada eslabón de la cadena. Podemos también ver por qué la distorsión tiene que ser constitutiva: porque el objeto representado es, a la vez, imposible y necesario. Esta ilusión de cierre puede ser negociada en varias direcciones, pero nunca eliminada.⁵

La idea de civilización que se cierne dentro del mito político civilizatorio se presenta como final y cerrada. Y la negociación que se emprende tendrá un lugar como significante flotante, emergiendo con una cadena equivalencial donde se pueden dar discusiones para forzar las transformaciones necesarias que irán completando la plenitud. Tal trabajo de encadenamiento simbólico se observa en los eslabones que se fueron vinculando en los diferentes proyectos y leyes de la época analizada. Es una cadena de discursos que representa un imposible que nutre al mito político y que potencia el proyecto civilizatorio y la proyección del mito; en definitiva, se sobrepone para salvar la sociedad, pues supuestamente, existe la posibilidad de desintegración social, representada, en este caso, por la latencia de la superada *barbarie*.

Consecuentemente, surge como necesario apelar a la reformación social a partir de insertar un sentido utópico de realización plena,⁶ que se articula al plano mítico y que opera a nivel de masividad social, construyendo un relato que intenta devenir preeminente y movilizador de voluntades. En términos de Laclau:

³ Laclau, E. *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 19-21.

⁴ Se adopta el término de “encarnación” según lo hace Laclau: “una plenitud ausente que utiliza a un objeto diferente de sí misma como medio de representación”. En *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 23.

⁵ *Ibidem*, p. 23.

⁶ La plenitud es en definitiva un impulso a la acción y su orientación marca el ritmo de las decisiones que se toman en el orden político: “Si la plenitud de lo social es inalcanzable, todo intento por representarla fallará necesariamente, pero una serie de problemas parciales podrán solucionarse en la vana búsqueda de ese objeto imposible”. Laclau, *Op. cit.*, 2000, p. 85).

el mito es un conjunto de imágenes equivalentes, capaces de galvanizar el imaginario de las masas y lanzarlas a la acción colectiva [...] los contenidos particulares del mito son sustituibles el uno por el otro, y es por esto que deben ser aprehendidos como conjunto en la medida en que todos ellos simbolizan una plenitud ausente y su eficacia debe ser medida por la movilización que se deriva de sus efectos equivalenciales, no por el éxito de sus contenidos literales diferenciados.⁷

Pensar al mito civilizatorio desde la perspectiva que aporta la diégesis, en este caso, permite dimensionar toda la serie de imágenes que se van articulando para gestar y movilizar la realización de esta plenitud ausente que es la *civilización*. Como escenario simbólico, van presentándose en la dimensión cultural discursos que conformarán el sentido que influirá en los espacios de discusión y decisión donde se jugarán los límites, posibilidades, oportunidades, privilegios y distribuciones de bienes simbólicos y materiales, donde se pensará el tipo de sujeto que vivirá en esta sociedad, las formas de explotación, los patrones de acumulación, las relaciones de producción, las difusiones de lo que se entiende por progreso y los alcances de este sobre los sujetos. Es decir, todo el entramado de relaciones sociales, de subjetividades y de apropiaciones materiales que organiza la sociedad, según la ilusión de plenitud cerrada y total resuelta por el orden planteado, pero que se presentan de forma contingente, ya que estas se dan y resuelven en disputas y permanentes imbricaciones entre unas y otras. No habría que pensar en campos de disputa cerrados y determinados, sino en un campo de semi identidades relacionales en el que elementos políticos, económicos e ideológicos entrarían en relaciones inestables de intercalación sin llegar a constituirse como objetos separados.⁸

⁷ *Ibidem.*, pp. 49 y 50.

⁸ Cfr. Laclau, E. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1990, pp. 40-41.

Lo mitológico se cierne sobre lo social y lo político para establecer el grado de posibilidad de la construcción de un orden que juega a ser posibilidad concreta a la que solo hay que asirse para realizarla: "La más importante es que una dimensión de opacidad será siempre inherente a las relaciones sociales, que el mito de la sociedad reconciliada y transparente es simplemente eso: un mito".⁹ Esta conceptualización permite identificar, en las distintas dimensiones sociales, la existencia de discursos que imponen la idea de "orden total", de una "Argentina resuelta"; es decir, de una sociedad acabada a la que solo hay que dirigirse implementando las acciones pertinentes preestablecidas en cada caso en tanto procesos prescriptos y predeterminados en la evolución histórica de los países considerados "fuertes" o "poderosos" de la época.

Al pensar al mito en su intervención específicamente política, surge el interrogante acerca de su capacidad operativa; ¿cómo interviene en el establecimiento de un orden político en condiciones complejas y conflictivas?, ¿qué dimensiones logra operar para ayudar en la construcción y consolidación de ese orden? Dentro de esta discusión, interesa traer ideas expresadas por María Casullo que proponen al mito político como un relato que puede construir explicaciones convincentes en una realidad problemática, incierta y contingente, y donde la acción del mismo en el entramado del lenguaje político plantea funcionamiento performativo. En consecuencia, ¿cómo logra generar efectos en la realidad según la característica performativa de su discurso?

Ello puede darse a partir de la capacidad de construir actores de la política; es decir, sujetos con características específicas que actúan discursivamente expresando relatos lógicos como verdades totales y cerradas sobre sí, generando argumentaciones para la construcción de

⁹ *Ibidem.*, pp. 51-52.

poder. Estos actores políticos, consecuentemente, se proyectan sobre los colectivos sociales reales, siendo un fenómeno central en la conformación de la identidad y representatividad del poder, ya que los mismos, con sus características distintivas, serán los que operen simbólicamente dentro de la dimensión política generando los espacios de discusión y decisiones en una realidad en permanente conflictividad.

Otra noción de la autora plantea, específicamente, la capacidad del mito para construir discursos que pueden manifestarse con distintos contenidos y repertorios para la acción y con diferentes líneas de perspectiva en la configuración de las subjetividades de los actores políticos. Al establecer un espacio de significación y resignificación desde una dimensión narrativa, esta capacidad permite resolver lo que María Casullo considera como el problema fundamental de la política: “el de manejar las tensiones creadas por la pluralidad como condición humana”.¹⁰ El mito posee la capacidad de plantear una forma de jugar con las palabras habilitando un espacio simbólico de significación diferente en el discurso político y aceptando el compromiso de hablar para persuadir, lo que lleva a la construcción de relatos donde los argumentos lógicos racionales no son suficientes ni necesarios. Este modo de jugar con las palabras cumple una función potente que se cierne sobre la constitución de subjetividades políticas e influencia las formas e identidades de los sujetos aportando un campo de acción y pensamiento amplio, donde factores emotivos, imágenes discursivas y la simplificación argumentativa se constituyen una parte importante. En consecuencia, los mitos políticos pueden crear una serie de fórmulas discursivas compartidas socialmente que devienen experiencia común y concreta para las personas, lo que habilita también la operatividad interpretativa del momento social, político y económico.

Estas interpretaciones intentan ser preeminentes en su difusión y proyección sobre el colectivo social entablando, así, un escenario simbólico donde se ponen en juego las acciones de persuasión de los actores políticos y su relación con el Estado. Esta narrativa es importante para la conformación de una noción de orden social como experiencia compartida que, ante su aceptación general, puede convertirse en una forma de intelección preeminente y consolidada a partir de seguir un decurso de acción socialmente aceptado y un entramado institucional y legal que vaya articulándose con el aparato estatal. El mito genera —en efecto— repertorios prácticos traducibles en acciones y políticas públicas.

Ahora bien, ¿cómo es el orden social donde el mito puede ser operativo? ¿Se puede entender este orden como un espacio de racionalidad y lógica absoluta? Los aportes de Judith Butler sobre el orden social como extensión de comunicabilidad e inteligibilidad permiten asegurar que éste utiliza el lenguaje para explicar las acciones de los individuos y grupos sociales que intentan legitimarse a través de la apropiación de las normas del poder. La capacidad política de estos actos verbales reside en la operación normativa asociada al poder que personalizan, sin que lleguen a serlo exactamente. Consecuentemente, no es una forma de ser, es un hacer, una acción discursiva performativa que implica la repetición de una norma, una costumbre, una convención social, y no necesariamente una ley formal. Es lo que Butler entiende como “una regulación de cultura parecida a una ley que funciona con su propia contingencia”.¹¹ Este acto narrativo en su repetición va solidificando, en la reiteración de su condición de posibilidad y de su lógica naturalizada y universal, una dimensión simbólica que puede devenir eficiente para el orden social que, al volverse preeminente en la consideración del

¹⁰ Casullo, M. *¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes en un mundo en crisis*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, p. 70.

¹¹ Cfr. Butler, J. El marxismo y lo meramente cultural, en *¿Reconocimiento o redistribución? Un debate entre marxismo y feminismo*. Madrid, Traficantes de sueños, 2000, pp. 81 y 82.

colectivo social, emerge como espacio de acción que se caracteriza por actuar de otra forma, utilizando un tipo diferente de actos verbales que posibilitan una operación normativa interviniendo sobre el sentido general.

En consecuencia, el mito puede operar dentro del escenario de inteligibilidad político y social como un acto discursivo de poder, asemejándose y hasta tomando la potencialidad de una ley formal, pero con su propia contingencia y orden lógico. Las corrientes feministas han trabajado la cuestión del mito en tanto perspectiva de género y reinterpretación de la alteridad en la sociedad, lo cual motiva la siguiente pregunta: ¿qué imposiciones y dominaciones son veladas a través de la construcción de discursos míticos? Al extraer ciertas ideas de Simone de Beauvoir respecto de cómo algunos discursos míticos imponen caracterizaciones y categorías a los sujetos e instauran formas de pensar y actuar que definen lo que es ser algo o alguien en la sociedad, se plantea la existencia de formas lingüísticas que, al persistir en su reiteración, construyen opciones definitivas sobre qué sujetos, acciones o situaciones constituyen la “realidad” o la “verdad”.

No hay que olvidar —advierte Beauvoir— que algunas claras concepciones de mujer: ente que tiene ovarios y útero, condiciones singulares que la encierran en su subjetividad; hembra que lo es en virtud de cierta falta de cualidades; carácter que padece de un defecto natural; es un hombre frustrado.¹²

Ante la idea de “totalidad” y “cierre” de la sociedad y, aunque esta se exprese en todo su nivel de apertura para la aceptación de todas las dimensiones de sujetos, como dice el Preámbulo de la Constitución Nacional Argentina

(“todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”), existe una imposibilidad intrínseca. Así explica el filósofo Eduardo Rinesi:

La imposibilidad que tiene toda sociedad de “cerrar” como querría y como, en general, proclama que es capaz de hacer [...] siempre hay alguien, siempre hay alguno o algunos, siempre hay algún grupo o algunos grupos, que no entran, que sobran, que molestan, en cualquier orden social, por muy tolerante o abierto que ese orden se pretenda y o se proclame.¹³

Al construir, legitimar y consolidar condiciones de dominación y de asimetría de poder, los diferentes mitos acerca de la naturaleza o la condición de la mujer terminan imponiendo una forma de entender la realidad, la verdad y la subjetividad donde la instancia de dominación patriarcal instala conceptos que no son discutidos. Consecuentemente, en su persistencia discursiva, la ritualización instalada en los imaginarios sociales expresa su capacidad de fijar las posibilidades de existencia y acción de la mujer y otros sujetos y, por ende, limita las formas de manifestación a unas pocas aptitudes simbólicas, asistiendo así al empoderamiento del hombre como medida y posibilidad de la “realidad”. Estos dispositivos discursivos de dominación patriarcal, que se perciben e imponen como absolutos, naturales y permanentes, muestran potencialidad en la construcción del orden social y en la asignación de derechos, funciones, privilegios y oportunidades dentro del mismo.

Por consiguiente, los discursos míticos en relación a lo político funcionan en la dimensión de género satisfaciendo la demanda de lo absoluto, de cierre, facilitando la naturalización del derecho que confirma la legitimación de un grupo social sobre otro, deviniendo y asegurando el goce de las condiciones adecuadas según su voluntad de dominación, su autoridad o supuesta supremacía e influyendo en los

¹² 12. Beauvoir, S. *El segundo sexo* España, Ediciones Cátedra. Universidad de Valencia, 2015. Recuperado de: <https://taller-feminista.files.wordpress.com/2011/01/simone-de-beauvoir-el-segundo-sexo-introduccion3b3n.pdf>

¹³ Rinesi, E. *Restos y desechos: el estatuto de lo residual en la política*. Buenos Aires, Caterva Editorial, 2019, p. 54.

procesos de justificación del derecho formal para imponer un marco jurídico y legal que, en su repetición y en su condición de incuestionable, confirma y justifica las supuestas condiciones de superioridad e inferioridad de los diferentes grupos sociales. El mito político puede, entonces, construir narrativas sustentadas en las acciones rituales y en las imposiciones parciales desde una perspectiva patriarcal, impregnando de apariencias de totalidad y naturalidad a las condiciones y privilegios de género. He aquí una capacidad operativa del mito en política: la de consolidar el predominio de un grupo sobre otro a través de un discurso lógico, simplificador y no siempre racional que aporta un sentido comprensible y compartido de la dominación.

El análisis de Gastón Souroujon sostiene que es posible considerar discursos míticos asociados a concepciones de futuro que resignifican el sentido general del orden social. Respecto del tipo de mito que se proyecta a futuro, el autor propone como ejemplo el mito del progreso indefinido, el de la tierra prometida, o el mito soreliano de la huelga general.¹⁴ Su participación en la trama compleja de la dimensión cultural, exhibiendo capacidad y flexibilidad para conectar aspectos utópicos, opera dentro de la narrativa esencial de los discursos políticos, sociales y económicos logrando resignificarlos desde una perspectiva utópica y motivando la asignación de sentido las acciones y decisiones de los actores políticos. La flexibilidad del mito es su característica en el devenir político, en el transcurso de los tiempos largos de la historia, respondiendo así a la necesidad de seguir dotando de significancia a un “presente movido”.¹⁵

La flexibilidad operativa asociada a las perspectivas interpretativas que son impregnadas por una concepción de futuro establecido y feliz potencian los discursos políticos de regímenes de lo más diversos y hasta contrarios,

exhibiendo la idea fuerza de un horizonte de inteligibilidad que puede asociarse al cambio social, a la de revolución, o a la permanencia misma del *status quo*. De modo que, un mismo discurso que pudo haber sido utilizado para la conservación del orden establecido, en el futuro puede resignificarse asignando sentidos de realidad que terminan constituyéndose como argumentos de reforma o de procesos revolucionarios.¹⁶ De allí que el mito político puede montar un relato que conforma sentidos a ser considerados en la intelección y difusión de la realidad social y que motiva y autoriza a los actores políticos a incorporarse a una interpretación compartida y significativa entre pasado, presente y futuro, aportando una idea de pertenencia e identidad que puede potenciar a proyectos políticos como, por ejemplo, el civilizatorio de fines del siglo XIX, que contenía una visión de futuro asociado a la idea de un progreso seguro y exitoso.

Las ideas sobre el mito y su operatividad pueden plantearse dentro de la dimensión política en tanto presencia de discursos que construyen sentidos en la realidad y que asignan un escenario simbólico para la interpretación del orden social. El mito posee características que lo hacen parte de la constitución de este orden influyendo así en la identidad y legitimidad de un proyecto político y en la representatividad de sus actores e intérpretes, individuales y colectivos. Estos últimos también se expresan y definen atravesados por el sentido general en un presente concreto, como gestores de ese orden social y siendo herederos y herederas de una noción de pasado que se vuelve inteligible a partir de esta reinterpretación del momento histórico político presente y de los programas en acción. Esta herencia es, también, la herencia de la de-

¹⁴ Souroujon, G. Mito político, rito y utopía. Límites conceptuales y zonas grises, *Fragmentos de Filosofía*, 11, 2013, p. 121.

¹⁵ *Ibidem.*, p. 142.

¹⁶ Un ejemplo de ello puede apreciarse en la apelación a ciertas imágenes y consignas por parte de gobiernos nacionales y populares, neoliberales y hasta por parte de grupos revolucionarios marxistas. Para analizar el tema, *Cfr.* Girbal-Blacha, N. El tiempo histórico y los usos políticos del pasado. El poder de la palabra en la Argentina peronista (1946-1955), *Revista Pilquen*, Sección Ciencias Sociales, 21(1), 2018, pp. 42-58.

rrota de otro orden que enterrado vuelve reiteradamente en la figura de espectro o resto,¹⁷ y continúa operando en la construcción del discurso del proyecto civilizador potenciando los sentidos en la realidad que le son necesarios para imponerse:

La novedad que el capitalismo traería consigo a la historia de Occidente no es la de la eliminación del conflicto de las vidas de los hombres y de los pueblos, sino la del triunfo de un orden que, si ya no se presenta sosteniendo un conflicto irresoluble con otro orden, anterior, exterior o diferente, al que durante un tiempo trató de reemplazar o de vencer, de (dijimos) derrotar, en cambio se revela (ahora que se ha consumado su triunfo sobre ese viejo orden derrotado) intrínsecamente contradictorio, internamente habitado por un conflicto que no es menos radical ni por lo tanto menos trágico que el que podíamos encontrar entre ese mismo orden y su predecesor, o , más en general, entre cualquier orden y su opuesto, y que es el choque entre ese mismo orden, entre su todo —digamos así— de ese mismo orden, y una, alguna o algunas de las partes de ese todo, que ese todo, que ese orden, tiene que reconocer y que aceptar pero no puede, al mismo tiempo, tolerar, porque la propia existencia y la propia identidad de esa parte insoportable, maldita, constituyen la amenaza de su propia negación.¹⁸

En el otro extremo de la noción de proyecto civilizatorio, la idea de una *barbarie* como orden derrotado, como pasado enterrado, no terminó con su capacidad de resignificación en el presente de la época. El volver y hacerse presente una y otra vez en la construcción mitológica de las narrativas

civilizadoras como oponente vencido pero latente, como resto que se negaba a desaparecer, potenciaba la noción preeminente de inevitabilidad, naturalidad y determinismo del proyecto civilizador. El triunfo militar legitimaba la imposición definitiva de un modo de modernizar la nación, pero no podía cerrar definitivamente el nuevo orden, ya que los restos de la derrota persistían como sombras de un pasado insoslayable que, a su vez, se presentaban intolerables para las características mismas del proyecto de nación y auguraban la tragedia, el conflicto permanente, de su improbable integración.

Ante esta situación que hereda los restos de un orden que ya no es, el mito político funcionaba en la resolución del entramado de conflictos con desactivación mediante discursos que naturalizaban y cerraban el sentido del orden social. De manera que se reforzaba la posibilidad de imposición, motivando acciones transformadoras para fortalecer las posiciones de los grupos dominantes; puesto que es en la dimensión cultural donde suelen asentarse interpretaciones del pasado y de las realidades presentes junto a una visión de futuro que, de manera preeminente, impregna el espacio de argumentación, dando como resultado la configuración legal de la acción del Estado sobre los sujetos. Así también los ritos conformados desde los aparatos legales y desde las costumbres “civilizadas”, en su frecuente acción cotidiana a lo largo del tiempo, podían consolidar lo que el mito proponía en el sentido general dentro del orden social, formando dimensiones de hábitos auto justificables.

En consecuencia, se entiende al mito, el rito y la utopía actuando colectivamente en los discursos de la dimensión política en un determinado momento, lo que permite profundizar el análisis aportando una reflexión sobre situaciones y acciones significantes que, probablemente, puedan ser pasadas por alto. Es probable que, sin el aporte de esta herramienta conceptual, que posee potencialidad explicativa a la hora de esclarecer las narrativas que atraviesan la

¹⁷ Se recurre al concepto de “restos” expresado por Rinesi, donde los mismos mantienen la capacidad simbólica operativa dentro del discurso preeminente: “porque el presente está siempre habitado o asediado por los restos de las cosas, de las personas, de las épocas que van quedando atrás, y que querríamos sepultadas para siempre, pero vuelven, siempre, por sus fueros [...] el destino mismo de los restos, sino su designio, es volver, es estar siempre volviendo”. Rinesi, *Op. cit.*, 2019, p. 30.

¹⁸ *Ibidem.*, p. 47.

construcción del poder, se pierda la posibilidad de captar la diversidad de sentidos que operan en los cuerpos discursivos, donde suelen integrarse diversas dimensiones dentro del escenario general de inteligibilidad.

Reflexión

A partir de esta propuesta teórica se piensa en un ejemplo con el que puede observarse la operatividad del dispositivo diégesis. Surge así la consideración del mito fundacional “civilización y barbarie” en el período que conforma la construcción del Estado Nacional. El axioma sarmientino plasmado en *Facundo o civilización y barbarie* aportó a su época una imagen polisémica que quedó inscripta en la historia cultural y que se introdujo en la interpretación de la realidad política del momento como una especie de dispositivo simbólico fundacional que fue mutando hacia una fórmula axiomática cerrada, excluyente, exterminadora del otro. Llama la atención la capacidad operativa que tuvo. Puede verse, en efecto, cómo la tradición liberal conservadora retomó la fórmula en la época de la conformación del Estado moderno, exhibiendo una capacidad operativa desde la potencialidad desplegada por el mito para sintetizar conflictos pasados y habilitar un nuevo espacio temporal y permitiendo que las transformaciones que habrían de realizarse logaran cierta legitimación.¹⁹

Puede arriesgarse aquí una afirmación: la fórmula “civilización o barbarie” funcionó a modo de mito influyente en la concreción de una idea de civilización y un proyecto civilizatorio. Este tipo de discurso performativo contribuyó y exhibió una flexibilidad operativa que potenció la construcción de un marco enunciativo donde se asenta-

ron las decisiones políticas asociadas al consenso social compartido que devino en orden social consolidado; y también con el progreso del análisis se puede reparar en un componente extra: el posicionamiento de una perspectiva de género dentro de la interpretación de la realidad que se ejercía.

La fórmula también operó como un principio de legitimación de la acción de gobierno y como parte de una estrategia de poder, cuya característica polisémica y su eficacia simbólica se relacionaba con la capacidad de andamiar problemáticas, datos, objetos, acciones y lenguajes dentro de un proyecto político que expresaba las dimensiones de exclusión e integración posibles y relacionaba su consolidación y legitimación del progreso asociando sus posibilidades a la interpretación simplificadora que se hacía acerca de la evolución material y simbólica de países europeos o de los Estados Unidos de Norteamérica. La idea de “civilización” interpretaba el pasado reciente asociando las luchas entre fuerzas conservadoras y progresistas, pensaba el presente con una “barbarie” eliminada y enterrada, y poseía una visión de futuro donde el triunfo incontestable aseguraba el progreso y la felicidad final de la Nación. Como se ha visto, las posiciones antagónicas que participaban en la fórmula pueden pensarse como partes constitutivas e incompatibles del mismo universo simbólico existente dentro de un contexto histórico particular. A propósito, Elías Palti explica

poner juntas dos ideas que, dentro de su universo conceptual, resultaban, sin embargo, perfectamente incompatibles entre sí [...] se articularía a partir de la paradoja de que tuviese que apelar a aquella fórmula como base para explicar precisamente lo que la misma excluía como posibilidad: la idea de un triunfo final de la barbarie [...] el polo activo de la antinomia sería el polo bárbaro, hecho que desafiaría todas las leyes históricas y todo aquello que esta misma fórmula llevaba implícito en su propio concepto.²⁰

¹⁹ Al respecto, Maristella Svampa afirma sobre este axioma que fue determinante también para una vertiente integracionista de acuerdo a la vinculación con ideales europeos por vía de la inmigración. *Cfr. Civilización o Barbarie: de dispositivo de legitimación a gran relato*, 2010. Recuperado de: <https://maristellavampa.net/archivos/ensayo48.pdf>

²⁰ Palti, E. *Facundo y la ansiedad de las influencias*. *Boletín del*

Con *Facundo* Sarmiento lograba alejarse de las concepciones y categorías netamente europeas encontrando una anomalía de las leyes naturales, que propugnaban esos modelos teóricos, para concebir, interpretar y analizar la realidad política dentro de las contradicciones históricas argentinas. La perspectiva habilitada se erigió como instrumento de mediación teórica y misión cultural y política, revelando en su conceptualización de la realidad el accionar de discursos, como *praxis* político-cultural, en cuyo proceso de desarrollo los intelectuales del siglo XIX descubrieron a la barbarie como una realidad propia que debía ser transformada.

Según ello, los restos de la barbarie y la idea preeminente de civilización estaban presentes en el modelo conceptual que ocuparía un rol central en la dimensión cultural argentina impregnando a las dimensiones política y económica en el proceso de configuración del Estado. La fórmula sarmientina generaba, así, la emergencia de un escenario de inteligibilidad donde los proyectos e ideas se definían y potenciaban ampliando la asignación de sentido a la realidad, integrando concepciones del pasado y del futuro para densificar su capacidad operativa y desplegando diversas perspectivas para fortalecer el proyecto de construcción de una nación civilizada. Explica Palti:

Sarmiento parece replegarse sobre sí para encontrar en su seno las garantías que una realidad esquiva ya no podía brindarle. Es entonces cuando la fórmula de "civilización" y "barbarie" comienza a ocupar un primer plano como el reaseguro conceptual último (instancia que se vuelve decisiva cuando otras parecen desvanecerse) a la promesa de un triunfo pleno de la empresa civilizadora.²¹

Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, Tercera serie, N° 44, 2016, p. 197.

²¹ Palti, E. Los poderes del horror: *Facundo* como epifórica, *Revista Iberoamericana*, LXX(207), 2004, p. 527.

Posiblemente, al no funcionar como ley histórica, como modelo teórico irrefutable y necesario, este mito político podía contorsionarse y cambiar su racional devenir para servir de marco ampliado que permitiera pensar lo que una fórmula meramente antagónica excluía conceptualmente como posibilidad: la persistencia de la barbarie, su condición de "resto", su volver una y otra vez y su inadmisible reedición en las dimensiones de la realidad social.

Tal reconfiguración posibilitaba la distribución de espacios simbólicos, escenarios de inteligibilidad, nociones del pasado y del futuro, actores, programas y sistemas políticos y económicos asociados a los cuerpos discursivos que se impregnaban del mito político y que manifestaban la victoria definitiva de la civilización, enterrando a la barbarie derrotada. En consecuencia, su condición de espectro aumentaba la potencialidad del proyecto civilizador, fortaleciendo con su desaparición la construcción de una ilusión civilizadora, que se aparecía como la proyección de un estado posible de plenitud y de orden social total y cerrado, lo que, en definitiva, se puede expresar como civilización sobre barbarie:

Afinar el carácter constitutivo del antagonismo, como lo venimos haciendo, no implica por lo tanto remitir toda objetividad a una negatividad que reemplazaría a la metafísica de la presencia en su papel de fundación absoluta, ya que esa negatividad sólo es concebible, precisamente, en el marco de la metafísica de la presencia. Lo que implica es afinar que el momento de indecidibilidad entre lo contingente y lo necesario es constitutivo y que el antagonismo, por lo tanto, también lo es.²²

Puede pensarse que la fortaleza del mito civilizatorio era directamente proporcional al grado de potencial "desintegración social" que presentaba la idea de "barbarie". Como lo afirma Laclau: "La sociedad no padece solamen-

²² Laclau, *Op. cit.*, 1990, p. 44.

te a consecuencia de la dominación y de la explotación, está también amenazada por la decadencia, por la posibilidad muy real de su radical *no ser*.”²³

Pensar en esta lógica de orden cerrado, total y universal remite también al pensamiento de Alberdi y su programa justificado en supuestas leyes naturales y universales del desarrollo histórico. Su cuerpo discursivo desplegaba un proyecto integral que condensaba gran parte de los imaginarios contenidos en la dimensión cultural de la época en lo relativo a las soluciones económicas, políticas, sociales y morales que la organización del país necesitaba. Lo programático y detallado de su producción aportaron al mito político y a la idea de civilización una sistematicidad y densidad que consolidó su eficacia operativa. Alberdi, como otros intelectuales, era un pensador de la modernidad decimonónica, mediante su obra programática (*Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*) exponía la intención de construir un orden social que desarrollara todas las dimensiones del mismo. La dimensión social también fue atendida a partir del desarrollo de modelos inmigratorios y educativos que formulaban la voluntad de transformación total de la sociedad local. Este espíritu de cambio total planteaba algunos puntos de partida que eran interpretaciones muy particulares y compartidas entre los intelectuales de la época del estado de situación del país. El diagnóstico del estado general de la nación encontraba muchas coincidencias:

Casi todos los intelectuales [...] pensaban euro-céntricamente y compartían una visión despectiva de la población autóctona de América y también de los sectores populares, a los que percibían como una traba para el proceso de civilización que se deseaba para el continente. O como un contingente que debía ser educado para que prescindiera de su cultura original y se culturizara en la identidad de un ciudadano virtuoso y republicano.²⁴

Parecía existir una convicción profunda en Alberdi, que puede entenderse como un aporte fundamental al desarrollo programático que el mito político civilizador demandaba para conformar la imagen discursiva de un orden social cerrado y se expresaba en la noción de insuficiencia e incapacidad de la carta constitucional para conformar por sí sola una nación moderna, lo que modificaba el momento fundacional de la república.²⁵ Constitución no significaba “civilización”. Entonces, los fundamentos debían reconfigurarse dando lugar al sentido general del proyecto que se asentaba sobre la idea de una “barbarie” abatida. El nuevo momento histórico requería fuerzas más allá de un conjunto de leyes, necesitaba de un entramado ideológico que integrara pasado, presente y futuro, que resignificara cada parte de la sociedad, que mostrara el camino de la integración a una nación moderna y que asociara y ubicara al país dentro del concierto de las naciones avanzadas del mundo. Esta

nizaciones en el siglo XIX, *Revista Estudios Avanzados*, 25, 2016. Recuperado de: <https://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/ideas/article/view/2461>

²⁵ Alberdi captaba claramente que un conjunto de leyes por sí solo no eran suficientes para organizar un país, se requería de un nuevo imaginario que aportara la energía necesaria, el sentido general que permitiera persuadir a la sociedad para que acompañara el camino del cambio. Carrasco lo dice así: “el establecimiento de una Constitución no establece por sí misma un imaginario: lo comparte, lo complementa. Cuando Juan Bautista Alberdi escribe *Bases y puntos de partida*... reúne el sentir de la intelectualidad de los grupos pensantes y expone efectivamente los fundamentos de lo que se desea construir. Alberdi revisa las cartas constitucionales de países latinoamericanos, las cuales conforman un conjunto de ideas, aspiraciones, proyectos que en sí mismos llevan los elementos fundacionales de la nación argentina. No obstante, y a pesar de ese puñado de intenciones, muchos hombres quedaron excluidos de esa nación soñada (negros, esclavos, bajo pueblo y otros marginales) [...] todo el pueblo pasará a formar parte de una comunidad de ciudadanos partícipes de un proyecto que elaborado o concebido por las élites detentadoras del poder los congregaría sin distinción.” En *Imaginarios nacionales latinoamericanos en el tránsito del siglo XIX al XX, Revista anual de la Unidad de Historia e Historia de las Ideas*, 8(9), 2007, pp. 119-120.

²³ Laclau, *Op. cit.*, 2000, p. 46.

²⁴ Subercaseaux, B. Juan Bautista Alberdi: modernidad y moder-

tarea fue emprendida asociando a la concepción de “civilización” un desarrollo programático, condensando las ideas e imaginarios de la elite intelectual y política en discursos cargados de esperanza, encontrando en la mimesis con Europa una imagen discursiva de futuro deseado y pleno. Poco importaba si esa visión fuera real o posible, como utopía se presentaba poderosa para traccionar las ideas progresistas y los relatos políticos que las convirtieran en realidades de bienestar y felicidad. En consecuencia, la obra de Alberdi aportaba al Estado nacional una serie de premisas que se destacaban dentro de la dimensión cultural y que proyectaban sentidos en la realidad del proyecto civilizador, interviniendo en las dimensiones económica y política y tomando al Estado como el agente eficiente para consolidar el proyecto de nación.

Puede pensarse la noción de civilización, en su articulación mítica, ritual y utópica, desde la perspectiva de tres ideas vinculadas entre sí e insoslayables en la conformación de los cuerpos discursivos del proyecto civilizador. Este entramado suele aparecer preeminentemente en la dimensión cultural de la época y el planteo analítico de la diégesis logra captar en las nociones de “ciudadanía”, “ferrocarril” y “tierra” una dinámica de operatividad en la asignación de sentido general. En primer lugar, la noción de ciudadanía como espacio de acción del mito civilizador puede encontrarse en los conceptos e ideas preeminentes de los discursos y debates parlamentarios que se presentan comunes, reconocidas y utilizadas en el período para concebir las características, derechos, garantías, límites y funciones de la ciudadanía, creando un sentido general y obturado en la noción de la misma.²⁶ La cuestión respecto del debate, discusión y promulgación de la ley delimitaba y proyectaba un espacio de desarrollo posible para la sociedad argentina imponiendo quién podía y quién no podía ser ciudadano. El rol de la in-

migración extranjera y su capacidad de regeneración social asegurada, así como las nociones de libertad, fraternidad y género se hacían presentes en las discusiones y en el cuerpo de la ley expresando múltiples concepciones latentes referidas a las necesidades políticas, civiles, económicas y morales en conjunción con las ideas civilizatorias predominantes de la época. También existía una interpretación del pasado asociada a la desorganización política, el atraso y la carestía material para reforzar el sentido utópico de plenitud, progreso y felicidad inmanente al proyecto civilizador y a su Ley de Ciudadanía. Los objetivos y caracterizaciones del ciudadano/a civilizado/a se proyectaban en la misma, como así también los roles sociales, límites, oportunidades e imposibilidades para los diferentes actores sociales. Promulgar una Ley de Ciudadanía significaba una consonancia directa con la vocación de regeneración del orden social nacional y de proyección utópica progresista que los gobiernos de la época buscaban consolidar, condensando muchas de las premisas e ideas que se desplegaban en la dimensión cultural de la época y buscando conformar los hábitos y ritos cotidianos necesarios para su consolidación.

En segundo lugar, el concepto de diégesis puede captar las potencialidades simbólicas de las nociones de ferrocarril y nación en la época propuesta, hallando una idea de encanto por la técnica, la industria y la innovación que impregnaba los discursos de intelectuales y políticos.²⁷ Esta noción generaba una proyección de capacidades subjetivas sobre los objetos tecnológicos que se transmutaban en agentes de civilización y organización del proyectado nuevo orden social. El ferrocarril simbolizaba un agente poderoso para comunicar un país que se pensaba desolado, vacío e improductivo y, también, para transformar la realidad del desarrollo material, potenciando la asociación de la tierra argentina con los

²⁶ Serafini, A. Influencias del proyecto civilizatorio decimonónico en el proyecto y ley de ciudadanía argentina de 1869, XIII Jornadas de Investigación en Filosofía. La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, 2023.

²⁷ Serafini, A. Ideas predominantes de ferrocarril, desierto y nación y su operatividad simbólica dentro del proyecto civilizatorio, XI Jornadas de Sociología, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, 2022.

poderosos mercados internacionales de los países considerados fuertes o desarrollados. Junto a esta noción, aparecía la idea de desierto como inmensidad vacía, incommensurable e improductiva, que debía ser transformada en su totalidad mediante la potencia del ferrocarril que, al acercar, interconectar e intercambiar sujetos, mercancías y territorios, permitiría fortalecer la unión nacional y consolidar la civilización en la sociedad y el Estado. También surgía, como expresión asociada al ferrocarril, la dicotomía velocidad versus quietud y la concepción de un tiempo acelerado donde el progreso presentaba el sentido obturado del rápido devenir y donde el ferrocarril aparecía como oportunidad y símbolo de la velocidad. En el rápido y necesario traslado de la civilización al desierto, el ferrocarril quebrantaba la quietud con su movilidad y ritualidad plena de subjetividades progresistas.

Finalmente, el imaginario económico expresado en los discursos de la época desarrollaba las posibles condiciones del desarrollo material en la Argentina. Comenzaba a consolidarse la idea de una civilización económica asociada a diferentes nociones que fortalecían la concepción de un modelo económico sustentado en supuestas leyes naturales y universales del progreso de las sociedades como parte de una regulación automática de las relaciones humanas en la instauración definitiva del orden social capitalista y de una sociedad de mercado mundial.²⁸ Pudo identificarse, en consecuencia, una transformación discursiva en la noción de tierra, que pasa de ser una inmensidad improductiva a un factor central en el desarrollo económico argentino. Esta metamorfosis expresaba la superación de la idea de desierto, en tanto imposibilidad, quietud y atraso, para devenir como espacio productivo mediante su transmutación en capital y su evolución posterior, con la in-

tervención del Estado, en capital privado e inalienable. La expansión y conquista de la tierra, ya pensada como capital productivo, la transformaba en un símbolo de posibilidades económicas ilimitadas siempre y cuando se pudiera integrar al mercado mundial. La noción de propiedad privada preeminente en la época consolidaba el relato civilizatorio y la estructura de dominación en pocos propietarios, aumentando la presión hacia la movilización y conquista de la frontera y haciendo participar al Estado como un agente necesario para la acción militar y legal sobre el territorio. También, surgía la necesidad de explicar las características simbólicas del sujeto productivo que debía poblar y ocupar la tierra transformada en capital. Las ideas acerca de los sujetos deseables para consolidar la economía del proyecto civilizatorio y su rol productivo tendrían en la época una caracterización según diferentes concepciones acerca del tipo de población que habitaba los espacios ahora productivos y las transformaciones que se necesitaban para la expansión de una economía, ahora, capitalista.

De manera que, la integración del proyecto civilizatorio al sistema capitalista en condición de productor de materias primas se hace a partir de las condiciones simbólicas y contingentes de las relaciones capitalistas de la época, más que dentro de un sistema homogéneo y determinado. Laclau lo dice claramente:

Lo que existe no es una entidad esencialmente homogénea —el sistema capitalista— que admitiría tan sólo variaciones empíricas y accidentales en los distintos contextos históricos y geográficos. Lo que se dan son configuraciones globales —bloques históricos, en el sentido gramsciano— en los que elementos ideológicos, económicos, políticos, etc., están inextricablemente mezclados y sólo pueden ser separados a efectos analíticos. No hay por lo tanto “capitalismo”, sino relaciones capitalistas de distinto tipo integradas a complejos estructurales muy diversos.²⁹

²⁸ Serafini, A. *Civilización sobre barbarie. Un mito fundacional para la construcción del Estado argentino (1860-1880)*, Maestría en Filosofía, UNQ, Bernal, 2023.

²⁹ Laclau, *Op. cit.*, 1990, p. 42.

Conclusiones

La operatividad analítica de la diégesis aplicada a la noción de civilización de finales del siglo XIX en Argentina permite comprender la relación articulada entre el mito, el rito y la utopía, y su capacidad de crear cuerpos discursivos y marcos enunciativos preeminentes, actuando como una herramienta conceptual para interpretar el desarrollo de la dimensión cultural y su relación con la dimensión política, con el Estado y con el marco legal y normativo. El análisis de las proyecciones políticas, económicas y sociales del plan civilizador en el período histórico propuesto permitió identificar relatos en los cuales la acción del discurso mítico generó respuestas naturalizadas, cerradas y totalizadoras a los conflictos emergentes producto de las transformaciones sociales en disputa, a la condición de “resto” de la barbarie y a la visión utópica insoslayable del triunfo asegurado de la “civilización” y el progreso en nuestro país.

La discusión teórica sobre el mito en la dimensión política habilita la posibilidad de pensar su capacidad operativa dentro de un orden social, ya que al presentarse como una formación lingüística que aporta entendimiento, comunicación y legitimación a las acciones individuales y colectivas logra intervenir en la dimensión cultural de una sociedad. Componiendo sentidos sobre la realidad, el mito, el rito y la utopía pueden influir en los espacios de acción donde el lenguaje actúa de manera normativa y formal, articulándose con la dimensión política y habilitando el juego de los actores políticos en su intento de generar consensos y construir fórmulas significativas que puedan persuadir a la mayor cantidad de sujetos posibles, operando en una dimensión conflictiva y disponiendo de una temporalidad y una espacialidad compartida que puede ser escenario simbólico para la conformación de un orden social como experiencia compartida.

En la necesidad de asignar sentido al orden social, el mito político puede actuar en la construcción de la trama de un imaginario político a partir de su capacidad para transformarse históricamente. De esta manera, puede dar respuesta a la

necesidad de asignar sentido a las múltiples y conflictivas dimensiones sociales del presente, mostrando flexibilidad operativa en su posibilidad de aportar sentido a regímenes diversos y antagónicos y exhibiendo una capacidad narrativa para presentar instancias trascendentes en el presente. También, el análisis desde una perspectiva de género permitió captar la capacidad de fijar y limitar las formas de manifestación en unas pocas aptitudes simbólicas de resolución. Esta situación genera, frecuentemente, el apoderamiento por parte del género masculino de una capacidad de asignación de sentido en la realidad, relegando y marginando actores y colectivos sociales. Esta situación puede asegurar la condición de autoridad o superioridad, la justificación del derecho al imponer, mediante la acción ritualizada, un orden naturalizado y simplificado, y también crear ciertas lógicas de superioridad e inferioridad entre los diferentes grupos sociales, aportando la narrativa de su justificación. De modo que la diégesis permitió analizar la fórmula “civilización y barbarie” en tanto mito político asociado a una ritualidad consolidadora en su lógica progresista y a una proyección utópica que potenciaba su operatividad discursiva. La diégesis generó así una influyente conformación de sentido a un nuevo proyecto de orden social, configurando una perspectiva de obturación y totalización, además de exponer principios naturales y universales para la legitimación política, social y económica.



Maestría en Filosofía

<https://bit.ly/MaestriaFilosofia>